

LA CIUDAD INTERIOR: COMUNICACIÓN A DISTANCIA Y NUEVOS DESTINOS CULTURALES

Mabel Piccini

LA CIUDAD DE LAS PERIFERIAS

Se afirma que la ciudad de México es la más poblada del planeta. Según datos publicados recientemente, alberga dentro de sus extendidos márgenes la misma población que Finlandia, Noruega y Suecia en todo su territorio'. En este sentido, ilustra de manera ejemplar lo que podríamos denominar la aparición de sociedades fragmentarias donde la dispersión del espacio público se convierte en hecho cotidiano y, sobre todo, en realidad política de la que, por el momento, tenemos escasos datos.

Quiero abordar el problema de la dispersión urbana desde la perspectiva de la comunicación en las grandes ciudades en la que una socialidad precaria, puesta a prueba todos los días por un poder centralizado y tensas migraciones interiores y exteriores, amenaza con poner en «situación de alarma» diría E. Goffman, las certidumbres y rutinas elementales de la vida cotidiana. Que es decir, también, los márgenes de estabilidad y de sentido que los grupos sociales pueden experimentar como marco de referencia y de identidad para la creación de nuevas posibilidades de participación e inscripción comunitaria.

Puestos en situación de extremar los rasgos de la realidad, parecería ser que lo único común de estas comunidades inorgánicas, por lo menos en lo que se refiere a la ciudad de México, es la presencia de un conjunto determinado de pobladores en un territorio definido jurídicamente como ciudad -localización espacial y política que define límites territoriales y poblacionales y que conecta, o mejor dicho, intenta conectar entre sí a las cadenas productivas, institucionales, científicas, recreativas y demás eslabones sociales, aunque la ciudad sea una ficción si pensamos que el dispositivo urbano, por lo menos en este caso, se instituye a partir de la anexión de ciudades en una ciudad o de pueblos precariamente ligados en un espacio político y jurídico común.

El crecimiento acelerado y anárquico de las últimas décadas produce toda suerte de deslocalizaciones de las relaciones sociales. El mapa es la ciudad mosaico, en la que junto con una industrialización salvaje, y en buena medida por esa razón, se mezclan estilos de convivencia, mestizajes de culturas, poblaciones transplantadas y también, disparidades infranqueables de niveles económicos y fronteras sociales. Es preciso recordar al respecto, como se ha dicho, que un «mosaico de territorios es algo completamente diferente de un espacio organizado alrededor de un centro con una periferia»². Se trata ésta de una ciudad construida a partir de yuxtaposiciones en que el centralismo del poder político y económico y los sistemas burocráticos de administración, entre otras razones, producen como efecto de territorio la descentralización de la vida urbana y un resultado magnético de dispersión de los segmentos sociales.

Desde la tradición consagrada por los conquistadores hispanos, la ciudad es superposición de poderes que se implantan con violencia sobre los existentes para producir una realidad nueva y erradicar, ante las regularidades previstas, las irregularidades de la sociedad de los colonizados: la catedral barroca de los conquistadores sobre las pirámides antiguas de los conquistados; la ciudad colonial, en el presente, junto a los edificios de la modernidad de principios de siglo y las catedrales de vidrio del capital financiero; las lujosas residencias del siglo XX, mansiones tapiadas por bardas de encierro y protección al lado de los pedregales de la marginalidad. Este trazado contrastante es lo que lleva a Peter Ward a decir que la ciudad de México es un palimpsesto de las luchas anteriores y -podríamos agregar- de las actuales³.

Si bien es cierto que la expansión urbana no parece ser una política planificada en sentido estricto, es, como resultado estratégico, la consecuencia de una política global de desarrollo. El orden vigente es el que instituye la concentración extrema de la riqueza, el desequilibrio de las migraciones, el crecimiento demográfico desordenado y, lo que se ha dado en llamar en las claves del urbanismo gubernamental, una alta concentración de «asentamientos irregulares»⁴. No entraré en detalles sobre estos aspectos que pertenecen a otros registros de la reflexión. Por el momento prefiero detenerme en una descripción genérica del paisaje urbano. Al mismo ritmo que los marginales de diferentes latitudes del país llegan al centro, la capital del poder político y económico, se produce un continuo desplazamiento de las fronteras urbanas hacia pueblos y zonas rurales, lo que de manera singular, y sin duda muy sugerente, se ha dado en llamar la expansión de la **mancha urbana**. Los flujos poblacionales y las políticas que los asisten -han producido una desarticulación creciente de la sintaxis y los ritmos y espacios de la ciudad y una anexión que se amplía con los tiempos de diferentes culturas y estilos de vida, al costo que sea. Los resultados se manifiestan en imprevisibles estilos de hibridación en el mejor de los casos, cuando no de segregación en la mayoría, estética, social y económica. La multiplicación de los micromedios, escribe I. Joseph, requeriría

tener a disposición una lengua nueva, **la lengua de los intervalos**, que pueda permitir la evaluación de las relaciones sociales atendiendo a las distancias. Para algunos en la actualidad este estallamiento de las singularidades es manifestación de la riqueza de la sociedad civil pero ésta quizá es una sospechosa manera de concebir los nuevos estilos de contacto con los semejantes y con el espacio público, en las ciudades periféricas. Escribía Hanna Arendt «El mundo se extiende entre los hombres y este «entre» -mucho más (que como suele pensarse; los hombres o el hombre- es hoy el objeto (...) de las conmociones más manifiestas en casi todos los países del mundo»⁵.

La antigua ciudad de los palacios es hoy una ciudad sin centro que no por azar se manifiesta en una geografía dislocada y en deslocalizaciones recurrentes. Lo que queda del antiguo esplendor -como espacio de congregación y localización- es el centro histórico en la actualidad espacio de mestizajes -sociales, culturales durante el día- y una fantasmagoría nocturna cuando los turistas, los transeúntes y los funcionarios locales desalojan el teatro colonial y prehispánico. Junto con el vaciamiento del centro se extienden, sin orden ni control, las periferias; el suburbio como submundo de la extrema pobreza y la extrema riqueza -espacio tanto de los marginados que habitan los llamados cinturones de miseria como el lugar elegido para los nuevos emplazamientos urbanos- en donde los inmensos complejos comerciales y las torres de espejos elevan un nuevo culto a la acumulación material, selectiva y excluyente, de la modernidad.

Como he intentado sugerir, los contradictorios procesos de socialización y desocialización -claves para entender un proceso de inestabilidad permanente -no sólo producen una excentricidad exuberante en la ciudad sino que amenazan el mismo espacio público y las identidades de grupos e individuos. En cierto sentido, todos somos inmigrantes en la ciudad de México. Asistimos a nuevas formas de desarraigo y a la lenta desarticulación de buena parte de los espacios tradicionales de encuentro colectivo, espacios que no sólo ligaban a rituales públicos y gregarios (fiestas vecinales, celebraciones religiosas, intercambios coloquiales entre el vecindario, compra y venta en los tianguis, reunión en los parques, encuentros en cantinas y cafés, etcétera) sino que constituían la base de orientación y de pertenencia de las diferentes comunidades en el territorio.

Paradójico pero no insostenible, porque todos sabemos que una de las lógicas recurrentes de los poderes centralizados consiste en dividir para reinar, creo que es posible postular que la **urbanización acelerada de la ciudad de México a partir de los años cincuenta en adelante ha significado, paralelamente, un proceso complejo y gradual de desurbanización de la vida cotidiana**⁶. O de

otro modo, un proceso creciente de inestabilidad de los grupos sociales, oscilantes entre la necesidad de pertenencia y sociabilidad- que no encuentra cauces reales para expresarse ya sea en lo político o en lo cultural y la fragmentación del espacio urbano que diseña trayectorias erráticas y deslocalizadas para sus habitantes sometidos en la mayoría de los casos a esquemas de sobrevivencia y a ritmos de dispersión.

De tal modo, podría decirse que la ciudad se fragmenta en innumerables puntos apenas sostenidos por trazados viables que dan al paisaje una idea de continuidad. Tal parece que el espacio urbano se ha convertido en eso: lugar de tránsito y de pasaje entre un lugar y otro, entre zonas de producción y localizaciones de vida cotidiana entre uno que otro espacio de esparcimiento y el regreso a casa. En cierto sentido, quizás no sea exagerado señalar que los ejes viales, diseñados como rutas veloces para el tránsito rápido, representan la metáfora más expresiva de la circulación de la energía urbana: se trata de llegar, no de detenerse: de circular y no de merodear o ambular, ir y venir por rutas prefijadas hacia lugares prefijados, en el mejor de los casos, es el arte del desplazamiento de los capitalinos. Pero la posibilidad de contacto con la ciudad y con los otros está a tal punto restringida a rutinas fijas que la «libertad de movilizarse» y «el derecho a la ciudad» y hasta el simple hecho de conocerla -y habitarla- se reducen día a día. Las masas se reagrupan en el anonimato para trasladarse, trabajar, hacer trámites, cumplir con obligaciones cotidianas de mantenimiento, sobrevivir y regresar a casa. Esta es la realidad de un espacio productivo que las lógicas del subdesarrollo convierten en improductividad laboral y existencial. Los cálculos más medidos indican que parte considerable de la población dedica casi dos meses enteros de su vida al año para transportarse de un lugar a otro de la ciudad.

La dispersión urbana, que representa un nuevo estilo de la desocialización de las prácticas colectivas, no sólo se expresa en los itinerarios forrados y en la sobreexplotación del tiempo de vida sino también en las representaciones y los afectos de quienes la habitan y le dan sentido. Se podría decir que la única ciudad realmente existente como espacio continuo es la que aparece en los mapas de tránsito de la **guía roji**, o en algunos reportes gráficos de vistas aéreas, y esto con muchas dificultades. Difícilmente existe una imagen global del territorio urbano en las prácticas y representaciones cotidianas de sus habitantes. No lo conocen. La ciudad realmente habitada, para la mayoría de la población, se mide por el intervalo existente entre los espacios de trabajo, la colonia donde se radica y algunos escasos lugares públicos de esparcimiento; el resto son prolongaciones o extensiones, por lo general conocidas de oídas o por la televisión.

LA REVELACIÓN DE LAS CIFRAS

Una encuesta realizada recientemente sobre el consumo cultural en la ciudad de México arroja un conjunto de datos que permiten pensar de nueva cuenta las trayectorias cotidianas de sus habitantes y en particular el uso que efectúan de la ciudad y de los equipamientos colectivos⁷. Aunque los datos no resultan sorprendentes, y podría decirse por el contrario, que son previsibles, el panorama que ofrecen en su conjunto describe una realidad urbana bastante perturbadora.

El ochenta por ciento de la población no participa ni de los circuitos de la cultura superior (museos, teatros, cines, salas de danza, de música o de ópera) ni tampoco de los circuitos locales que en las colonias representan la perduración de formas tradicionales de culturas populares. Pero la totalidad de los segmentos sociales viven pendientes, en mayor o menor medida, de los circuitos electrónicos de las culturas audiovisuales. La vida urbana, según estos datos, se reduce al mínimo posible y sobre todo se relaciona con obligaciones laborales mientras que en los escasos tiempos de libertad (el llamado «tiempo libre») se prefiere la intimidad doméstica, los encuentros familiares y las formas selectivas de sociabilidad.

Durante la semana la mayoría de los entrevistados una vez que escapan a las disciplinas del trabajo y la sobrevivencia realiza actividades que podrían designarse como de repliegue hacia la esfera de lo privado (ver televisión, escuchar música, leer revistas y periódicos, hacer tareas domésticas, descansar, cuidar a la familia, estudiar, platicar y «convivir»). Sólo un segmento minoritario de este universo, sobre todo entre los jóvenes, declara vivir experiencias fuera del dominio familiar y vincularse a redes urbanas de socialidad (deportes, en primer lugar y en rangos estrictamente minoritarios, se plantean otros intereses como ir al cine, salir a cenar, salir a caminar, «pasear» o visitar familiares).

Esta relación varía durante los fines de semana, aunque una proporción considerable de los entrevistados expresa su preferencia por permanecer en la casa (para descansar, realizar tareas pendientes, convivir, ver televisión, etc.) Menos de la mitad de la población selecciona actividades relacionadas con la vida urbana y un porcentaje apreciable se inclina por salidas fuera de la ciudad. Las trayectorias, como es obvio, están fuertemente condicionadas por los niveles socioeconómicos de los entrevistados: por ello las actividades que obtienen mayores adhesiones son las que representan una menor inversión de energía: como lo expresa la mayoría de los entrevistados, se trata de «salir de paseo», «visitar a los familiares» y «convivir con los amigos». Las restantes travesías urbanas son las que realizan las minorías: frecuentar discotecas o espectáculos de moda, ir al cine, salir a comer, ir al teatro o visitar museos.

Lo remarcable en estas tendencias es que las actividades cotidianas en el llamado «tiempo libre» -que en la mayoría de los casos podría designarse como tiempo intersticial se agrupan, en una significativa proporción, en los espacios de la vida privada. Así como es evidente que durante la semana el uso de la ciudad en la mayoría de la población se manifiesta en desplazamientos o travesías hacia lugares de trabajo, en la permanencia en las calles por el comercio ambulante, el desempleo o la carencia de viviendas adecuadas, lo privado -esa esfera definida centralmente por los intercambios familiares y el culto a la «individualidad»- es también el lugar de repliegue de un número considerable de los habitantes cuando se liberan de las disciplinas productivas.

¿Una declinación de los estilos tradicionales de vida urbana, sustituidos ahora por prácticas de reclusión en los espacios íntimos y familiares? Es en este punto que el crecimiento de las culturas audiovisuales, como terminales domésticas, cumplen con cierta flexibilidad la posibilidad de compensar las carencias de los equipamientos colectivos, la ausencia de áreas verdes, la lenta extinción de formas de vida comunitaria y, especialmente, la radical extrañeza que casi todos los habitantes experimentan ante los trazados espaciales y los monumentos de las culturas consagradas de la gran ciudad. En este sentido, aunque proliferan los consejos y secretarías de cultura su papel sólo consiste en la distribución de los bienes simbólicos jerarquizados entre los escasos destinatarios de estos bienes y, lisa y llanamente, suprimen de las cartografías del gusto y los valores estéticos a los llamados sectores populares. La razón es sencilla; en una población de migrantes, de urbanización forzada y escasos niveles de escolaridad, **los picasos de picaso o los esplendores de treinta siglos** se convierten en mensajes enigmáticos y prescindibles. Mientras tanto un caudal incesante de películas y series televisivas que reproducen en el ámbito de la cultura la contaminación ambiental ocupan los tiempos intersticiales de la vida cotidiana de los públicos cautivos.

En este sentido creo que es posible hablar del surgimiento y paulatina consolidación de nuevos órdenes culturales, las culturas domésticas de la imagen, que diagraman con singular eficacia las trayectorias de la vida social de segmentos importantes de la población. Si bien es cierto que por su costo diferencial las diferentes redes electrónicas no cubren a todos los sectores por igual, también lo es que todos los segmentos sociales participan, con tenues matices de distinción, de los rituales televisivos convencionales. La diferencia central y principio de jerarquización de los públicos radica, como se

sabe, en que los sectores de más altos ingresos gozan de mayores ofertas audiovisuales a partir de las diferentes opciones que ofrece la televisión por cable, las transmisiones de super alta frecuencia, las antenas parabólicas y los sistemas de video, sin contar que son estos mismos sectores los que gozan de la mayor movilidad espacial (viajes fuera y dentro del país), contactos con el patrimonio cultural de élite (museos, teatros, salas de concierto) y esparcimiento en las discotecas, restaurantes y centros nocturnos de lujo.

También, como es posible advertirlo, en esta repartición de los espacios materiales y simbólicos, así como de los códigos culturales que son la puerta de entrada a los bienes «superiores», se agudizan las desigualdades culturales preexistentes y la estratificación diferencial en los usos de la ciudad. A la tradicional jerarquización de clase de los equipamientos colectivos (los museos privados que celebran a las personalidades del medio o a las imágenes de las empresas, los monumentos que evocan los esplendores del pasado cultural, las áreas verdes en espacios burgueses, las librerías y editoriales con círculos escogidos de lectores) y a la desarticulación de los paisajes urbanos, ahora se añade la diagramación de nuevas redes de comunicación que desmaterializadas por sus mismos principios de funcionamiento tienden, por su cualidad imaginaria, a la desmaterialización de los vínculos colectivos de comunicación. Los cables y las señales del trazado electrónico que sobrevuelan la ciudad se aseguran conexiones superestructurales, ingravidas, eficaces, ante las dificultades materiales y espaciales concretas de la vida cotidiana.

De tal modo, los proyectos de modernización del poder político se cumplen crecientemente con las estrategias de los equipamientos domésticos que no sólo modernizan el atraso y la desigualdad sino que inspiran modernos estilos de vida mediados por imágenes de una esfera pública cada vez más distante de los protagonistas reales, No man's land.

EL PODER DE LOS EQUIPAMIENTOS

Ante los datos que he tratado de exponer creo que no es excesivo afirmar que el crecimiento inorgánico y descontrolado de la ciudad de México, como metáfora de un conjunto complejo de estrategias políticas, tiende a la disolución de los lazos sociales y de las esferas de la socialidad. El aumento de lo privado parece ser el territorio de los individuos de la ciudad. De algún modo esta situación marca el tránsito de la idea de comunidad a la de muchedumbre, de la categoría de ciudadanos a la de consumidores o a la de marginados, de la sociedad política a la sociedad de los espectadores, de la vida pública a la vida privada. El paisaje urbano en su dispersión segrega nuevas reticulaciones y sobre los trazados históricos de la convivencia y de la comunidad -equipamientos colectivos tradicionales que, aunque basados también en la discriminación, fijaron en cierta medida lugares de encuentro y de integración de los segmentos sociales- se superponen otros trazados que desmaterializan contactos y le otorgan una nueva fisonomía a la vida pública. Me refiero a los dispositivos audiovisuales de la modernidad, lo que hoy podríamos concebir como equipamientos colectivos ingravidos que suprimen de tajo el movimiento y la distancia y que pretenden restañar en alguna medida las fronteras culturales y sociales entre clases, la ausencia paulatina de vínculos sociales y los contrastes de los desequilibrios y la desigualdad social.

Pero ¿es pertinente hablar de los medios de comunicación, en este caso los electrónicos como equipamientos colectivos? El discurso oficial de la planificación urbana concibe a estos equipamientos como los servicios que permiten el cumplimiento de cuatro funciones básicas: trabajar, habitar, circular y recrearse. Cada uno de los equipamientos -la fábrica, la escuela, los parques, los museos y los teatros, los ejes viales, los bancos, los hospitales o los centros comerciales, para citar sólo algunos- van definiendo una fisonomía urbana y un modo de habitar la ciudad. Los equipamientos colectivos significan para algunos el «esqueleto del espacio urbano». Aunque heterogéneos tienden sin embargo a objetivos similares: en primer lugar, producir integración, pero a la vez, representan una distribución del territorio, particiones, subdivisiones en el cuerpo social, reorganización del espacio y el tiempo.

Todo lo que es capaz de fluir produce un nuevo equipamiento colectivo, sostienen Fourquet y Murard⁸, por ello no es posible hablar de equipamientos aislados sino de una constelación de equipamientos; cada equipamiento originario se rodea de equipamientos adyacentes, periféricos, cuya función es recuperar a los diferentes segmentos o masas de población que son distribuidos en ciertos espacios sociales «según un sistema cerrado de disyunciones limitativas»⁹. Estas codificaciones del cuerpo social son las que la sociología y disciplinas afines registran como esfera pública y esfera privada, vida íntima y vida colectiva, familia/sociedad civil/ estado, tiempo libre y tiempo de trabajo, sin contar las otras particiones que encasillan a los sujetos en las categorías de sanos y enfermos, normales y locos, trabajadores y sin trabajo, ciudadanos o delincuentes, productores o consumidores, cultos o iletrados, etcétera. Todas estas designaciones aluden a una manera de clasificar y encasillar los flujos poblacionales a partir de su adscripción a determinados equipamientos colectivos que recluyen a los ciudadanos en ciertos espacios y les atribuyen en su momento un rol específico.

El caso de los medios de comunicación, en particular los dispositivos electrónicos, instituye un nuevo sistema de equipamientos que a primera vista parece estar fuera de los equipamientos colectivos convencionales. Si bien por un lado son dispositivos plenamente ligados a las esferas públicas del poder económico y político en órbitas nacionales y transnacionales, por el otro su anclaje es individual y familiar. Se podría postular quizás que estos equipamientos como híbridos sociales son espacio de intersección entre las esferas públicas y privadas: sometidos a reglas de poderes fuertemente centralizados son al mismo tiempo soporte de la vida cotidiana y de la privatización de las prácticas culturales.

El deslizamiento que implica un equipamiento de esta naturaleza no deja de ser relevante para comprender el tránsito de hábitos y costumbres en los paisajes urbanos de la actualidad. Podríamos hablar de los media como mercados locales, microfísicos, de cultura. Un mercado a domicilio con transacciones e intercambios gratuitos y que no requieren respuesta inmediata- cuya sollicitación es la presencia, el contemplar, la adhesión a un circuito narrativo y publicitario que borra, en el mismo momento de su emergencia, las huellas de la enunciación y el nombre de los que hablan porque aparentemente hablan en nombre de todos. Este es el principio que funda el sentido común. Incluso la propia publicidad se beneficia de este artificio. El nombre propio es lo único que se mantiene como soporte del enunciado. Lo restante es un relato olvidable, intercambiable, anónimo. La fuerza persuasiva radica en el reclamo a la felicidad: ser feliz con el producto X o Z. Los episodios que sostienen la argumentación, si bien cumplen con el efecto persuasivo, son intercambiables. Los estados de felicidad, según estos dispositivos, también lo son.

Toda la cuestión del **socius** consiste en impedir que los flujos del deseo se desparramen...» escribía Félix Guattari en el libro citado anteriormente¹⁰. Y si proseguimos estas ideas, es plausible imaginar que los dispositivos audiovisuales representan espacios localizados y bajo control, un dispositivo que adquiere el valor de casillero para la concentración de los cuerpos, en este caso, en un ámbito de fluidez relativa: la familia, la casa. En la medida en que se trata de terminales domésticas, este dispositivo define, instituye una nueva relación de los individuos con la ciudad y la vida colectiva, otra manera de concebir las relaciones sociales y la esfera pública y una nueva diagramación de la vida cotidiana. **Ahora es posible imaginar la movilidad sin desplazamientos**. Así como se sostuvo que la aparición de la fábrica como equipamiento colectivo destruía a la familia, puesto que el proceso de trabajo se desarrolla fuera de la esfera privada, podríamos postular, siguiendo con la idea de las codificaciones del espacio, que los dispositivos audiovisuales representan una reterritorialización de la unidad doméstica dentro de los movimientos de reflujo de la vida pública de fines de siglo. Desde esta perspectiva las nuevas tecnologías de comunicación pueden ser concebidas como equipamientos de recaptura, de perfeccionamiento de los lugares de anclaje de los cuerpos, de reciclaje de toda una tradición dentro de lo que se ha dado en llamar equipamientos culturales en las grandes urbes.

En este sentido y del mismo modo que en el caso de otros equipamientos, estos no pueden ser concebidos de manera aislada, se trata de una constelación de equipamientos que redefinen el trazado cultural de una ciudad y los estilos de habitar y de vivir el paisaje urbano. Es una red que toca múltiples puntos de la vida social y que se reproduce en innovaciones crecientes con nuevas tecnologías que al mismo tiempo que aseguran la eficacia de las existentes tienden a desplazarlas hacia lógicas de mayor eficacia. La comunicación a distancia crece al mismo ritmo vertiginoso que las distancias y desequilibrios de las diferentes sociedades exigen una recodificación de los vínculos sociales (televisión, televisión por cable, antenas parabólicas, video-juegos, video-caseteras, computadoras, modem, fax, CD-ROM, teléfonos celulares, etcétera, son algunas de las alternativas más convencionales de los modernos diseños ondulatorios).

El orden progresivo de las culturas audiovisuales es perfeccionamiento y sofisticación de tecnologías que tienden a la captura de todos los sectores sociales. Se habla, me imagino que por esta razón, del surgimiento de las democracias audiovisuales, el momento en que se consagra, con la plenitud equívoca de las imágenes, una cierta noción de la transferencia de las relaciones sociales; una idea de la información que pasa inevitablemente por la distancia ante los hechos y la toma de decisiones y, en muchos casos, por nuevos estilos de participación en los asuntos de la comunidad que no requiere movimientos ni iniciativas directas. Aparece una nueva percepción y nuevas prácticas de la experiencia inmóvil; el «ver para creer» se consume con los modernos estilos culturales junto con un cierto convencimiento en los valores de los circuitos cerrados y el repliegue en las atmósferas íntimas. Surge también, con toda probabilidad, una versión inédita de la comunidad y los lazos sociales, la cualidad gregaria de un nosotros que se funda, de manera ambivalente, por un lado en la atomización de los públicos (suma de individuos privados, a la que podríamos denominar la sociedad de los espectadores) y, por el otro, en la convergencia de cada individuo con otros individuos que comparten a distancia pero de manera verificable, un rito cotidiano y un relato común ante las pantallas.

Del **centralismo urbano**, como ha sido tradición en los países occidentales, pasamos a lo que podría denominarse el centralismo familiar, la unidad de referencia dotada del conjunto de equipamientos -públicos/privados- que permiten la

articulación con el mundo en una latitud de máxima economía de esfuerzos: la imagen de lo otro sustituye la realidad de las acciones en los territorios y con los personajes reales.

Esto implica que junto con la expansión descontrolada de las grandes ciudades del mundo periférico -caso México- se produce a la vez una reducción de los ámbitos vitales de referencia. Pero es preciso reconocer que la situación es ambigua: junto a la reducción de los desplazamientos y de la participación en la esfera pública se produce una ampliación de la visibilidad del mundo, o para mayores precisiones, del mundo elegido como visible para los espectadores. El achicamiento es territorial, material y físico: la ciudad está en la casa, el mundo es contemplado en el ámbito familiar y privado. Y en este sentido, me parece que no cabe duda, los nuevos equipamientos culturales tienden a provocar simultáneamente el afianzamiento de sociedades íntimas y la aparición de nuevos vínculos sociales a distancia.

La fijación y el arraigo en espacios de seguridad familiar (la familia, la familiaridad como espacio de lo conocido) tienen tal vez alguna relación con la casi total extrañeza que los grupos sociales experimentan ante estilos de poder vertical que parecen ejercerse más allá de toda posibilidad de intervención y participación. En este sentido las redes fluidas de la comunicación audiovisual suturan con eficacia el sentimiento de pérdida y desorientación que vive la mayoría de los habitantes ante los destinos colectivos, guiados por regímenes autoritarios de gobierno, y ante la propia vida individual amenazada por una falta de pertenencia que se acrecienta mientras crecen las comunidades inabarcables y las estructuras burocratizadas de participación.

Comencé hablando de la dispersión del espacio público y de los nuevos sistemas de comunicación en las grandes ciudades. Desde esta perspectiva podría decirse que las terminales domésticas de los circuitos audiovisuales representan una nueva fase de los equipamientos del poder. Con ellos se produce una suerte de descentralización de los equipamientos culturales urbanos (antaoño diseñados como monumentos públicos del encuentro colectivo) puesto que sus lógicas de acción consisten precisamente en fijar disciplinas y ritmos de vida y contemplación desde el centro de gravedad de la unidad familiar. La descentralización, que es también la desacralización de los rituales del arte superior y de la política en su sentido más amplio se ejerce a partir de la vida privada de los individuos y la atomización de núcleos estables que extraños entre sí y separados por abismos económicos y sociales, comparten sin embargo las seriales y mensajes de un mando centralizado y burocrático de la cultura: el mundo estable y rutinario de las tecnologías audiovisuales.

NOTAS Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Consultar el artículo de Víctor Ballinas y Alonso Urrutia «La gama de problemas de la ciudad de México asociada a resultados de explosión demográfica», Periódico La Jornada, lunes 8 de marzo de 1993.
2. ISAAC, Joseph. El transeúnte y el espacio urbano, Gedisa, Barcelona, 1988, pp. 24.
3. WARD, Peter. México: una megaciudad, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Alianza Editorial, México, 1990, pp. 244 y ss.
4. Cifras oficiales recientes confirman que sólo el dos por ciento de la población del Distrito Federal percibe ingresos anuales superiores a los 300 millones de pesos, el setenta y cinco por ciento vive en condiciones de pobreza o de extrema pobreza, situación que se expresa geográficamente y en lo que ahora se ha dado en llamar la «calidad de vida» de los habitantes. Sobre estos aspectos consultar el reportaje de Víctor Ballinas y Alonso Urrutia en la Jornada del miércoles 10 de marzo de 1993.
5. Sobre estos aspectos puede consultarse el capítulo Intervalo del libro ya citado de Isaac Joseph, El transeúnte y el espacio urbano.
6. Al respecto puede consultarse el artículo de Néstor García Canclini y la autora de este trabajo «Culturas de la ciudad de México: símbolos colectivos y usos del espacio urbano», capítulo del libro El consumo cultural en México (Néstor García Canclini, coordinador), Seminario de Estudios de la Cultura, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1993.
7. Para profundizar en estos datos puede consultarse el artículo antes citado, «Culturas de la ciudad de México: símbolos colectivos y usos del espacio urbano». La información que aquí manejo es resultado de una encuesta realizada en el año 1989 en la ciudad de México y la metodología aplicada (universo, tamaño y selección de la muestra, instrumentos de medición, estructura del cuestionario) aparecen expuestos en el anexo del citado artículo.
8. FOURQUET, Francois y Lion Murard, Los equipamientos del poder -ciudades, territorios y equipamientos colectivos, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1978, pp. 78.
9. Ibidem, pp. 77 y 78.
10. Ibidem, pp. 95.